

EL GATO, LA ROSA Y LA MUERTE

Joe Rider

© 2025, Joe Rider

© 2025, Editorial Runaris

Diseño editorial: Editorial Runaris

Contacto: info@editorialrunaris.es

Web: www.editorialrunaris.es

ISBN: 9788409762927

Depósito legal: SE 1563-2025

Sello: Editorial Runaris

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo autorización expresa, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, total o parcial, en cualquier soporte y por cualquier medio técnico, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, conforme a lo establecido en la legislación vigente sobre propiedad intelectual.

La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual tipificado en los artículos 270 y siguientes del Código Penal español.

El titular de los derechos se reserva el derecho de ejercer las acciones legales, civiles y/o penales, que correspondan para la defensa y protección de esta obra.

A mis lectores

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

El perfume de la locura 17

CAPÍTULO 2

El legado de la sangre impía 21

CAPÍTULO 3

Raíces en la muerte 23

CAPÍTULO 4

El niño de la lluvia y los huesos 25

CAPÍTULO 5

La ciudad de los muertos 29

CAPÍTULO 6

El predador de la noche 35

CAPÍTULO 7

El precio del fracaso 41

CAPÍTULO 8	
El despertar de Gris	49
CAPÍTULO 9	
Las hermanas del Sena	55
CAPÍTULO 10	
El susurro bajo el agua	61
CAPÍTULO 11	
La confrontación	67
CAPÍTULO 12	
La caza de los herejes	75
CAPÍTULO 13	
La maldición del jardín	81
CAPÍTULO 14	
El jardín siempre reclama	87
CAPÍTULO 15	
La venganza silenciosa de Gris	93
CAPÍTULO 16	
El secreto en las raíces del jardín	97
CAPÍTULO 17	
París en ruinas	105

CAPÍTULO 18	
Lo que Tim vio en el jardín	109
CAPÍTULO 19	
La huida de la ciudad muerta	117
CAPÍTULO 20	
La ciudad de los que no deberían ser	123
CAPÍTULO 21	
La taberna de Phill	129
CAPÍTULO 22	
Los visitantes del sótano	135
CAPÍTULO 23	
La espera	139
CAPÍTULO 24	
Lo que habita en el sótano	143
CAPÍTULO 25	
El sueño en la tierra muerta	151

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 26

El sepulturero y el rumor 159

CAPÍTULO 27

Dientes en la oscuridad 163

CAPÍTULO 28

El monje del silencio 167

CAPÍTULO 29

Las casas que respiran 169

CAPÍTULO 30

Yuxo, el que habla en susurros 173

CAPÍTULO 31

El pacto de los devorados 177

CAPÍTULO 32

El acuerdo de los malditos 183

CAPÍTULO 33

El rumor de la piedra viva 187

CAPÍTULO 34

La boca de Notre Dame 191

CAPÍTULO 35

El último recuerdo 195

CAPÍTULO 36

Más allá del tiempo, más allá de la carne 197

CAPÍTULO 37

La gárgola y la sombra del diablo 201

CAPÍTULO 38

El rubí del cielo sangrante 205

CAPÍTULO 39

El fin de la catedral 209

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 40

Apesta a muerte 215

CAPÍTULO 41

No es un lugar para la sanación 217

CAPÍTULO 42

Malika 221

CAPÍTULO 43

La otra mitad de Malika 225

CAPÍTULO 44

Donde el doctor guarda cosas 229

CAPÍTULO 45

El antídoto de Malika 235

CAPÍTULO 46

La muerte en la azotea 239

CAPÍTULO 47

El duelo en la azotea 243

CAPÍTULO 48

La tumba vacía 249

EPÍLOGO

El llanto en la niebla

253

PRIMERA PARTE



CAPÍTULO 1

EL PERFUME DE LA LOCURA

Las sombras de la vieja París se retorcían como entidades hambrientas, susurrando secretos olvidados en las piedras húmedas de los callejones angostos. La noche respiraba con un aliento rancio y espeso, cargado de miedos antiguos que aún se aferraban a los muros de la ciudad.

Entre esos corredores de penumbra, una silueta felina avanzaba sin perturbar el aire enrarecido. Era Gris, un gato de pelaje negro como la profundidad insondable del cosmos, su andar silencioso como una maldición en movimiento. Un ojo verde centelleaba con un fulgor preternatural; el otro, vacío y oscuro, era un pozo sin fondo donde cosas innombrables se asomaban y observaban.

El aire traía consigo un aroma embriagador, un perfume imposible que embotaba la razón y avivaba los sentidos con su dulzura malsana. El aroma de las rosas de Madame Evangeline.

Gris cruzó un umbral vetusto, apenas perceptible entre dos muros carcomidos por la implacable caricia del tiempo. Más allá de esa frontera de piedra y musgo, se extendía el jardín prohibido. La luz mortecina de los faroles apenas

alcanzaba a iluminar el reino de las rosas, que se erguían en formas aberrantes, como si sus tallos quisieran contorsionarse en figuras humanas. Sus pétalos fluctuaban entre matices incognoscibles, y sus espinas palpitaban, latiendo al unísono con un ritmo que evocaba corazones enterrados.

En el centro de aquel antro floral, Madame Evangeline esperaba. Su silueta encorvada estaba envuelta en mantos raídos; su piel era un mapa de venas azules y grietas antiguas. Sus ojos, hundidos y oscuros, parecían más bien el reflejo de una noche sin estrellas.

—Sabía que vendrías, Gris —murmuró, y su voz no parecía pertenecer del todo a este mundo.

Las palabras flotaban en el aire como ecos de otra era, una donde los dioses oscuros aún paseaban entre los hombres. El gato inclinó la cabeza. Algo ominoso se cernía sobre aquel lugar. Lo sentía en la forma en que la tierra exhalaba susurros y las rosas temblaban con un terror innato.

—Se están marchitando —dijo la anciana con una pesadumbre que caló en los huesos del gato.

Gris alzó la vista. Las rosas, esas criaturas alienígenas disfrazadas de flores, se ennegrecían. Sus pétalos caían y se disolvían en polvo oscuro antes de tocar el suelo. No era una simple putrefacción, sino la desintegración de un pacto roto, un equilibrio alterado más allá de toda comprensión.

Un crujido en la tierra heló la sangre de cualquier ser con instinto de supervivencia. Gris arqueó el lomo, los bigotes

temblando ante la inminencia de algo que despertaba.

Desde el otro extremo del jardín, una sombra emergió de la penumbra con una cadencia espectral. Un joven alto y consumido por la fatiga del insomnio, sus ojos portaban el reflejo de noches pasadas entre lápidas y oscuros pensamientos.

Tim, el sepulturero. Cavador de tumbas por la luz del día, conductor de almas en la clandestinidad de la noche.

—Las rosas no deberían morir —susurró Tim con el aliento entrecortado—. Si mueren, ellos despiertan.

Madame Evangeline asintió con la parsimonia de quien ya conoce el desenlace de su historia.

—Ya han despertado.

El aire vibró con una energía malsana. Las sombras del jardín se estiraron con un hambre voraz. En las profundidades de la tierra, algo se removía. Algo que jamás debió recordar su nombre.

Y la primera noche de la locura acababa de comenzar.

CAPÍTULO 2

EL LEGADO DE LA SANGRE IMPÍA

Mucho antes de que las piedras de París supieran su nombre, la familia de Madame Evangeline ya era temida en los rincones más oscuros del mundo terrenal.

No eran brujas comunes. Eran herederas de un linaje maldito, marcado por la devoción a fuerzas primigenias que existían antes de que el primer hombre alzara su mirada al cielo estrellado.

La última gran sacerdotisa de su estirpe fue Amalia, madre de Evangeline. Ella comprendía los secretos de la carne, la sangre y el destino tejido en hilos de sombras.

Ella fue la creadora del jardín maldito, su propia obra profana, nutrida por sacrificios de los que nadie hablaba en voz alta. Cada rosa en aquel terreno no era una flor, sino un receptáculo de antiguas entidades. Su susurro podía quebrar la mente de los mortales.

Y la sangre de las brujas no solo preservaba el equilibrio. También reclamaba víctimas.

Tim era una de ellas.

Antes de ser sepulturero, antes de conocer los secretos de la muerte, había sido un niño extraviado, un huérfano abandonado a la miseria.

Fue Amalia quien lo encontró en una noche sin luna, enredado entre los huesos de una fosa común, su mirada perdida en un vacío que ningún infante debería conocer.

No hubo ternura en su adopción.

Amalia lo tomó como quien recoge un fragmento de profecía, como si aquel niño sin nombre fuera una pieza indispensable en su retorcido tablero.

Tim creció en la mansión oscura de la familia, rodeado de libros escritos en lenguas muertas y rituales cuyos propósitos jamás se le revelaron del todo.

Aprendió a cavar tumbas antes de pronunciar su primer juramento.

Y ahora, de pie en el jardín maldito, junto a Evangeline, lo comprendió todo.

—Siempre supimos que este día llegaría —susurró la anciana.

Tim asintió. En lo más profundo de su alma, sabía que el pacto estaba roto. Y que pronto, lo que acechaba más allá del velo reclamaría lo que le pertenecía.

CAPÍTULO 3

RAÍCES EN LA MUERTE

Tim apoyó la mano en su pala.

Las flores negras, de pétalos carnosos y venas violetas, brotaban entre las tumbas recientes.

—Las rosas necesitan cadáveres para sobrevivir —dijo, su voz tan rasposa como la tierra removida.

Evangeline lo miró con gravedad.

—Lo sé, Tim. Cada semilla que plantamos en una fosa es una garantía de que el pacto se mantendrá.

Tim pasó los dedos por la tierra húmeda, fría como carne muerta.

—Cavamos tumbas no solo para los muertos... sino para lo que vendrá.

Evangeline cerró los ojos. A lo lejos, algo respiraba bajo la tierra.

—Que sigan floreciendo —murmuró—. Que sigan alimentándose... antes de que algo peor despierte.

Y en lo más profundo del jardín, la tierra se abrió.

CAPÍTULO 4

EL NIÑO DE LA LLUVIA Y LOS HUESOS

La noche exhalaba un aliento pútrido, un hálito antiguo que flotaba sobre el cementerio como el vaho de una boca invisible. París dormía, pero bajo la piel de la ciudad, en los laberintos donde los muertos aún murmuraban, algo se agitaba.

Amalia caminaba como una sombra dentro de otra sombra, sus pasos deslizándose sobre el fango sin dejar huella. El manto negro que la envolvía se pegaba a su piel con la humedad de la tormenta. La lluvia caía en hilos gruesos, deformando el mundo en una danza líquida. Pero no era solo lluvia. Era algo más.

El viento se alzó entre las lápidas con un gemido largo y lastimero, como si los muertos susurraran su descontento. Los cuervos habían huido mucho antes. El cementerio estaba demasiado quieto. Demasiado hambriento.

Entonces lo sintió.

No lo vio primero. Lo sintió.

Un tirón en la sangre.

Un peso en el aire.

Una vibración primitiva en lo más profundo de su carne, un temblor sin sonido, como la resonancia de algo que había cruzado un umbral invisible.

Y allí, en medio de la fosa abierta, lo encontró.

El niño.

Pequeño. Inmóvil. No lloraba. No parecía vivo.

Pero tampoco parecía muerto.

El agua formaba charcos oscuros alrededor de su cuerpo, mezclándose con la tierra removida y con algo más espeso, una sustancia negra que no era lodo, ni sangre, ni nada que perteneciera a este mundo.

La tormenta lo azotaba, pero él no reaccionaba. No cerraba los ojos.

Sus pupilas eran pozos insondables, dos agujeros en la carne que reflejaban algo que no debía ser reflejado.

Algo miraba a través de él.

Los relámpagos iluminaron su piel cenicienta, la curva antinatural de su sonrisa. No una sonrisa de niño. No una sonrisa humana.

Amalia no apartó la vista. Sabía lo que estaba viendo.

El cementerio era antiguo. Demasiado antiguo. Sus

tumbas eran solo la piel de un cadáver más grande, un cuerpo sepultado bajo la historia de los hombres, una boca cerrada con siglos de piedra y raíces.

Pero aquella noche, algo se había abierto.

Algo lo había dejado allí.

Ella no debía tocarlo. No debía acercarse.

Las enseñanzas de su madre resonaban en su mente como cuchillas oxidadas:

«Hay cosas que no deben ser tomadas. Hay cosas que deben ser dejadas donde caen.»

Pero la lluvia no permitía el olvido. La lluvia le susurraba. La lluvia la llamaba.

Amalia extendió la mano.

El viento rugió. El cielo se estremeció con un trueno que no era un trueno, sino el eco de algo más grande, algo que despertaba en un rincón olvidado del universo.

Sus dedos tocaron la carne fría del niño.

Y él se movió.

Un temblor suave al principio. Un espasmo.

Entonces, la boca del niño se abrió.

Demasiado.

Demasiado grande.

No era la boca de un bebé. Era la grieta de algo antiguo disfrazado de humano.

La lengua, negra y brillante como obsidiana, se deslizó por sus labios. Un murmullo brotó de sus encías vacías.

No era llanto.

No era risa.

Era algo en medio.

Algo sin palabras, pero con significado.

Algo que la reconocía.

Los labios de Amalia se separaron en un jadeo ahogado. No podía moverse.

Un susurro —antiguo, corrupto, dulce como veneno— se filtró entre los dientes del niño.

Una sola palabra.

Un nombre.

Su nombre.

—Amalia...

Y en ese instante, ella supo la verdad.

El niño no estaba perdido.

El niño había sido enviado.

La noche se estremeció. La tormenta cambió de forma. Ya no caía lluvia. Caía otra cosa.

Amalia lo alzó en brazos.

La boca del niño seguía abierta, su sonrisa fija. Su piel aún estaba fría, pero la tierra bajo sus pies comenzó a temblar.

Algo bajo el suelo se removió.

Algo respondió.

Y, en algún rincón de la noche, alguien —o algo— reía.

CAPÍTULO 5

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

París, bajo el yugo de la noche, era un cadáver en descomposición, una ciudad de piedra y sombras cuyo aliento putrefacto se filtraba por las grietas de sus callejones. Sus edificios, deformes en la penumbra, se inclinaban como gigantes retorcidos, espiando a los pocos errantes que osaban caminar por sus venas enfermas.

Las calles, estrechas y envueltas en una niebla malsana, parecían menos construcciones de los hombres y más los restos de una civilización anterior, cuyos habitantes se habían extinguido sin dejar más testimonio que el eco de sus lamentos en el viento.

El Sena fluía como un río de alquitrán; su superficie aceitosa y negra reflejaba la luna como el ojo de un cadáver ahogado. Bajo sus aguas, Tim siempre había sospechado que algo más se movía, algo más antiguo que la misma ciudad, algo que miraba desde las profundidades con la paciencia del hambre eterna.

Los callejones hedían a siglos de podredumbre, a excremento, a sudor y miedo. Los muros respiraban. Sí, Tim lo sentía. Respiraban.

Las piedras estaban húmedas al tacto, pero no con la

humedad de la lluvia, sino con un sudor tibio, exudado por las entrañas de la ciudad. Un pulso rítmico latía bajo los adoquines, un latido ajeno al de la vida humana, un murmullo que parecía provenir del subsuelo, como si un corazón gigantesco, enterrado bajo siglos de historia, aún intentara abrirse paso hasta la superficie.

La ciudad estaba muriendo. O quizás ya estaba muerta, y Tim era demasiado necio para darse cuenta.

Cada noche, en ese París delirante y espectral, Tim deambulaba con su única compañía: Gris, el gato de un solo ojo.

El sonido de sus botas golpeando los adoquines era el único testigo de su existencia. Bueno, el único testigo humano. Porque Gris lo veía.

Siempre lo veía.

Con su ojo verde centelleante, observaba más de lo que Tim podía entender.

El otro ojo... el ojo vacío... Tim prefería no pensar en lo que ese ojo miraba.

Pero Gris era más que un animal. Era un guardián. O tal vez un guía, un compañero de un destino que Tim no había elegido, pero del que no podía huir.

—Otra noche, Gris —murmuró Tim, ajustando la pala sobre su hombro.

El gato no respondió, pero su andar era firme. Caminaba con la seguridad de un rey en un reino de espectros. Su elegancia era inquietante, su nobleza sobrenatural.

En un mundo enloquecido, Gris era su única constante.

A veces, Tim creía que, de no ser por el gato, ya se habría

entregado a la desesperación.

En las noches más oscuras, cuando la ciudad se tragaba incluso la luz de los faroles, cuando las sombras adquirían formas que no debían tener, Tim se aferraba a la presencia del felino.

Porque cuando Gris lo acompañaba, podía creer que aún quedaba esperanza.

No había testigos en ese París de los condenados.

Solo cuerpos.

Algunos vivos, demasiado asustados para moverse.

Otros muertos, esperando a ser olvidados.

Tim buscaba a los segundos.

Cada noche era una cacería. No bastaba con un cadáver cualquiera. Las rosas no se alimentarían de una muerte pacífica.

No.

Las rosas querían desesperación. Querían cuerpos que hubieran exhalado su último aliento con terror en los ojos.

La ciudad, cruel y despiadada, siempre tenía algo que ofrecer.

París era un altar de sacrificios desde tiempos inmemoriales. Los ahorcados de antaño aún susurraban desde los techos de Notre Dame. Las calaveras de las catacumbas aún reían en la oscuridad bajo los pies de los vivos.

Tim giró en un callejón, y Gris se detuvo.

Su ojo se clavó en la negrura.

Él había visto algo.

Tim siguió su mirada.

Entre las sombras de un muro mohoso, yacía un cuerpo.

Un hombre joven.

Demasiado joven.

Recostado contra la piedra, con la cabeza inclinada a un lado, como si la muerte hubiera llegado sin previo aviso.

La herida en su cuello aún goteaba.

La sangre formaba una figura en el suelo.

Tim sintió la bilis en su garganta.

No era un charco de sangre común.

Las gotas habían caído en un patrón.

No al azar.

No sin forma.

Tim reconoció el símbolo.

Una espiral.

Las rosas lo habían elegido.

Tim miró a Gris.

El gato inclinó la cabeza, solemne, su ojo brillando con un

fuego ancestral.

—Este servirá —susurró Tim, tomando su pala.

Y comenzó a cavar.

La pala rasgaba la tierra con un sonido húmedo y pesado.

Cada golpe era un latido.

Cada palada, una súplica silenciosa.

La ciudad no hablaba.

Pero observaba.

Y Tim sabía que no estaban solos.

A veces, cuando levantaba la vista, podía jurar que las sombras se movían un segundo después de que Gris lo hiciera.

Como si algo más caminara junto a ellos.

Como si ellos no fueran los únicos que enterraban a los muertos.

Tim bajó la vista y terminó su labor.

Limpió la pala.

Se pasó el antebrazo por la frente, dejando un rastro de tierra húmeda.

Las rosas esperaban.

Las raíces reclamaban su tributo.

Cada noche, un nuevo cadáver.

Cada noche, un nuevo sacrificio.

Cada noche, un paso más cerca del final.

CAPÍTULO 6

EL PREDADOR DE LA NOCHE

Las noches de París eran un abismo sin fondo, un latido enloquecido bajo la piel de la ciudad. Algo se movía entre sus ruinas, entre las grietas de su historia podrida. Algo que miraba. Algo que esperaba.

Tim y Gris no estaban solos.

Había alguien más en la ciudad de los muertos.

Un cazador.

Y esa noche, el cazador había elegido su presa.

EL ECO DE LOS PASOS

El cuerpo ya estaba en la tierra. La pala aún goteaba barro y sangre.

Tim se quedó de pie junto a la fosa con la respiración agitada. El silencio lo envolvía como un sudario.

Entonces, lo sintió.

Esa sensación pegajosa en la nuca. Esa certeza de que algo

te observa.

No era Gris. El gato miraba en otra dirección.

Tim levantó la vista.

Y lo vio.

Apenas una sombra entre las sombras.

Pero algo en su silueta era... erróneo.

No estaba de pie como un hombre.

No se movía como un hombre.

Su forma parecía inclinarse demasiado, su cabeza ladeada en un ángulo imposible.

Y, lo peor de todo... sonreía.

No con los labios, sino con la piel.

EL HOMBRE DE LA MÁSCARA BLANCA

París había olvidado su nombre.

Los mendigos decían que era un demonio.

Los locos lo llamaban *el Último Sepulturero*.

Los muertos... los muertos lo conocían demasiado bien.

Siempre aparecía en los bordes de la visión, en los callejones donde la luz nunca llegaba, en las esquinas de los

cementerios donde la niebla se volvía más espesa.

Nunca hablaba.

Nunca corría.

Solo esperaba.

Y, cuando la luna estaba lo suficientemente baja en el cielo, actuaba.

EL JUEGO DE LA MUERTE

Tim sintió el terror anudarse en su garganta.

El hombre se inclinó apenas un poco más.

Demasiado.

Como si su columna fuera de cera derretida.

La sonrisa se expandió.

—Tienes hambre —susurró una voz que no venía de ninguna boca.

Tim dio un paso atrás.

El hombre se enderezó con un espasmo.

Su máscara blanca brilló a la luz de la luna, sin facciones, sin rasgos, sin ojos.

Pero Tim sabía que lo veía.

Y entonces, el cazador se movió.

No caminó.

No corrió.

Simplemente desapareció y volvió a aparecer más cerca.

Y luego más cerca.

Cada vez que Tim parpadeaba, el hombre de la máscara acortaba la distancia.

Tim levantó la pala, listo para defenderse.

Pero algo lo detuvo.

Un gruñido.

Bajo la negrura de la noche, Gris había arqueado su lomo. Su único ojo verde ardía con un resplandor venenoso.

Y por primera vez en su vida, Tim vio a Gris mostrar los dientes.

El hombre se detuvo.

Algo en su postura cambió.

La sonrisa se deshizo, como si el juego hubiera terminado.

Por primera vez, pareció dudar.

Y entonces, con un crujido de huesos...

Se desvaneció.

EL PRIMER ENCUENTRO

Tim se dejó caer al suelo, jadeando.

El aire olía a hierro y a algo más viejo, algo más podrido.

Se giró hacia Gris.

El gato lo miró fijamente. Su ojo vacío era una ventana a algo que Tim nunca podría comprender.

Y entonces lo supo.

El hombre de la máscara no había venido a matar.

Había venido a advertir.

La cacería aún no comenzaba.

Pero pronto...

Pronto lo haría.

CAPÍTULO 7

EL PRECIO DEL FRACASO

La ciudad de París temblaba bajo la luz enferma de la luna. Las sombras danzaban en sus callejones como espectros embriagados de muerte, y entre sus entrañas Tim corría.

Pero no era suficiente.

No era lo suficientemente rápido.

El hombre de la máscara blanca lo acechaba, moviéndose entre los pliegues de la realidad.

No caminaba.

No corría.

Simplemente estaba.

Cada vez que Tim giraba una esquina, él ya estaba allí, esperándolo.

Su máscara perfectamente lisa reflejaba la luz de los faroles como un espejo muerto.

Y su voz —su maldita voz que no salía de ninguna boca— repetía la misma sentencia:

—Dame un cadáver... o toma su lugar.

Tim falló.

No encontró un cuerpo.

No encontró una víctima.

No pudo alimentar las rosas.

Y el hombre de la máscara blanca ya estaba demasiado cerca.

La niebla de París se espesó, cubriendo los edificios como un sudario. Tim sintió un frío imposible, un vacío que no pertenecía a este mundo.

Su cuerpo dejó de responder.

Sus piernas no se movieron.

Algo invisible lo sujetó por la garganta.

Y la máscara lo miró.

—No eres digno.

Y entonces, la oscuridad lo devoró.

Tim despertó en el suelo del jardín prohibido.

Las rosas se cernían sobre él, marchitas y podridas, como bocas hambrientas.

Frente a él, sentada en su silla de ruedas, Madame Evangeline sonreía.

Pero no era una sonrisa de burla.

Era una sonrisa amarga.

De decepción.

—Pobre Tim —murmuró la anciana, acariciando con sus dedos huesudos los pétalos ennegrecidos de una rosa—. No eres el cazador que pensé que eras.

Tim trató de hablar, pero su garganta ardía con un dolor insoportable.

El hombre de la máscara blanca estaba de pie a su lado, como una estatua pálida y sin vida.

No lo había matado.

No aún.

Porque Evangeline no lo había permitido.

Pero antes de que Tim pudiera reaccionar, algo cambió.

El aire se tornó pesado, eléctrico.

Las sombras en el jardín se retorcieron, como si algo más grande estuviera tomando forma dentro de ellas.

Tim se giró, y lo vio.

Gris.

Pero ya no era Gris.

El gato de andar noble y silencioso se había transformado.

Su cuerpo se había estirado, alargado en una figura monstruosa.

Era una bestia de pesadilla, una aberración de carne y sombra.

Un simio gigantesco, musculoso y deforme, cubierto de un pelaje negro como el abismo.

Pero su rostro...

Seguía siendo el de un felino.

Solo que ahora era más grande.

Más afilado.

Más cruel.

Sus ojos brillaban como dos lunas envenenadas.

Y su rugido desgarró la noche.

No de furia.

De traición.

Gris estaba enfadado.

Y su furia no era para el hombre de la máscara blanca.

Era para Evangeline.

EL ENFRENTAMIENTO

Las rosas se estremecieron.

Las raíces se removieron bajo el suelo.

Gris se adelantó, su sombra cubriendo la frágil figura de Madame Evangeline.

Pero la anciana ni siquiera parpadeó.

Ni siquiera se inmutó.

Solo sonrió.

Una sonrisa amarga.

—Al fin muestras tu verdadero rostro —susurró.

Gris rugió.

El viento se volvió espeso, cargado de un poder que Tim nunca había sentido antes.

Gris alzaba una garra, listo para despedazar a la bruja.

Pero antes de que pudiera tocarla...

El hombre de la máscara blanca se interpuso.

Su silueta era una mancha de realidad distorsionada, una anomalía sin rostro, sin alma, pero con propósito.

No necesitó hablar.

No necesitó moverse con rapidez.

Simplemente apareció frente a Gris.

Y el combate comenzó.

Gris atacó primero.

Su garra atravesó el aire, buscando despedazar la máscara, pero solo golpeó el vacío.

El hombre de la máscara blanca ya no estaba ahí.

Se movió como una sombra arrastrada por un viento invisible, apareciendo al otro lado del jardín.

Gris rugió de nuevo y se lanzó sobre él.

Las rosas se partieron a su paso.

La tierra se abrió bajo su peso.

Pero cada golpe fallaba.

Cada ataque golpeaba nada.

El hombre de la máscara blanca no esquivaba.
Simplemente dejaba de estar.
Y entonces, fue su turno.
Se movió una vez.
Y Gris gritó.
Un sonido que no era felino.
Ni animal.
Era el sonido del miedo.
Su carne se contrajo.
Su cuerpo se torció en un ángulo imposible.
Tim vio algo que no debía ser visto.
Vio la máscara moverse.
No su rostro.
No tenía rostro.
Pero su máscara... se expandió.
Se abrió como un segundo rostro dentro del primero.

Y Tim supo.

Gris estaba viendo algo que ni siquiera él podía soportar.

La bestia titubeó, su cuerpo estremeciéndose.

Y entonces...

Se desvaneció.

Se deshizo en sombras.

Y volvió a ser Gris.

El pequeño, elegante y leal Gris.

Pero ahora yacía en el suelo, inmóvil.

Y el hombre de la máscara blanca se giró hacia Tim.

Tim gritó.

Corrió hacia Gris, lo tomó en brazos, pero el gato no se movió.

Respiraba. Apenas.

Pero algo en él había cambiado.

Tim miró a Evangeline con furia.

Pero la anciana solo inclinó la cabeza.

Aún sonreía.

Pero ahora, había tristeza en su mirada.

—El rosal es lo único que importa —susurró.

Gris había intentado desafiarla.

Y por ello, había sido castigado.

El hombre de la máscara blanca dio un paso atrás.

Evangeline le hizo un leve gesto con la mano, y él desapareció en la noche.

Como si nunca hubiera estado allí.

Tim apretó los dientes.

Odiaba a la anciana.

Odiaba ese jardín.

Odiaba las malditas rosas.

Pero sobre todo, se odiaba a sí mismo.

Por haber fallado.

Por haber sido demasiado débil.

Por haber dejado que Gris pagara su precio.

La luna se ocultó tras las nubes.

CAPÍTULO 8

EL DESPERTAR DE GRIS

La noche se negaba a morir.

El jardín prohibido, con sus rosas negras y púrpuras, respiraba con un aliento malsano. Cada pétalo temblaba como si tuviera conciencia propia, bebiendo de la corrupción que se filtraba a través de la tierra húmeda.

Y en medio de esa oscura belleza, yacía Gris.

Tim lo sostenía entre sus brazos, suavemente, con el miedo silencioso de quien carga algo precioso pero roto.

El pequeño felino no se movía.

No emitía un sonido.

Pero su ojo...

Su ojo único ya no era el mismo.

Ya no era solo verde.

Ahora era un abismo en espiral, un torbellino de sombras líquidas y luces imposibles.

Un portal.

Y dentro de ese ojo, Tim vio cosas que no podían ser nombradas.

LA VOZ DE LA BRUJA

—Despierta, Gris.

La voz de Madame Evangeline flotó entre las ramas del jardín como un eco de tiempos olvidados.

La anciana, sentada en su silla de ruedas, observaba la escena con una sonrisa que era más resignación que placer.

Tim la miró con rabia.

—¡Lo rompiste! —espetó, abrazando a Gris con más fuerza.

Evangeline negó con la cabeza lentamente.

—No, niño —susurró—. Lo forjé.

Y entonces, Gris abrió el ojo.

EL REGALO DE LA OSCURIDAD

Tim sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal.
No por miedo.

No del todo.

Pero porque algo nuevo había nacido en su viejo amigo.

Gris se puso de pie, su cuerpo más erguido, más fuerte. Sus músculos parecían más tensos, su pelaje más oscuro, más denso.

Y su ojo...

Su ojo se movía.

No de la manera en que un ojo debía moverse.

Sino como si estuviera viendo más allá del presente.

Más allá de la realidad misma.

Tim susurró su nombre.

Y Gris respondió.

Con palabras.

No con un maullido.

No con un sonido.

Pero con un pensamiento dentro de la mente de Tim.

—*Estoy aquí.*

Tim se congeló.

Gris nunca había hablado. Nunca.

Y, sin embargo... lo entendía.

No como un humano.

No como un animal.

Sino como algo más.

Algo que había cruzado un umbral del que ya no podía regresar.

LA PRUEBA SUPERADA

Madame Evangeline aplaudió suavemente.

—Has hecho algo que nadie antes había hecho, Tim —dijo—. Te enfrentaste al hombre de la máscara blanca... y sobreviviste.

Tim sintió la furia hervir en su pecho.

—¿Para qué? ¿Para que casi nos mate?

Evangeline rió suavemente.

—Para ver si merecías lo que viene ahora.

Y entonces, su regalo.

—He reservado algo especial para ti —continuó, señalando con una mano arrugada hacia el horizonte—. El Sena tiene dos cadáveres esperándote.

Tim sintió que su corazón se aceleraba.

Dos cadáveres.

Suficientes para alimentar las raíces.

Suficientes para fortalecer el pacto.

Suficientes para fortalecer el rosal.

La misión perfecta.

Gris saltó sobre su hombro, firme, como si siempre hubiera pertenecido allí.

Sus garras se clavaron ligeramente en su ropa, pero Tim no sintió dolor. Sintió propósito.

Evangeline los miró una última vez.

Su sonrisa ya no era amarga.

—Ve, niño. El jardín nunca debe morir.

Tim rió con euforia.

Por primera vez en días, en semanas, se sentía vivo.

El fracaso no importaba.

El sufrimiento de antes no importaba.

Solo importaba el trabajo.

Las rosas debían florecer.

Y él y Gris eran los mejores en asegurarse de que lo hicieran.

Bajo la luz de la luna, Tim corrió hacia la ciudad con Gris sobre su hombro, su única y más leal sombra.